

## Mitos y logos: la inscripción del indígena en las narrativas cubanas fundacionales

Jorge Camacho

University of South Carolina-Columbia

**Resumen:** Este artículo analiza la pugna que se establece en el seno de la ciudad letrada colonial cubana entre dos imaginarios: uno de origen peninsular y otro que resaltaba los mitos taínos, la hibridación y la crítica a los conquistadores. Con este propósito señala la utilización de estos mitos en una leyenda de Ramón de Palma y la mezcla racial entre indígenas y españoles en la novela "Antonelli" de José Antonio Echeverría. El marco teórico que utiliza está compuesto por las ideas de Benedict Anderson sobre la formación de la nación, la concepción foucaultiana del saber-poder, el papel que juega la historia en la teoría de Jacques Rancière y los postulados de Bronislaw Baczko sobre la importancia del imaginario social.

**Palabras clave:** Cuba, romanticismo, indianismo, colonial, imaginario

“Forma tú la tragedia americana, que tu ingenio la produzca, cándida como sus vírgenes, libre como sus repúblicas, y terrible y brillante cual Simon y Guadalupe”.

Carta de Domingo del Monte a José María Heredia, *Revista Cubana*.

ISSN: 1523-1720  
NUMERO/NUMBER 47  
Julio/July 2022

A partir de la segunda década del siglo diecinueve aparecen una serie de textos en Cuba que hablan de la conquista, los antiguos indígenas y los historiadores primitivos. Estos textos se imprimen en revistas como las *Memorias de la Real Sociedad Patriótica*, *La Cartera cubana*, *El plantel* y *La siempreviva*. En ellas se discute la importancia de conocer los acontecimientos que habían ocurrido en el pasado, las costumbres y la “veracidad” de lo narrado. Uno de los jóvenes intelectuales que más escribió sobre el tema fue el naturalista Felipe Poey (1799-1891). En su popular *Compendio de la geografía de la isla de Cuba*, acompañado de un apéndice sobre la geografía antigua, que en 1849 ya había pasado por nueve ediciones, Poey habla de ellos, y además publica en las *Memorias de la Real Sociedad Patriótica*, textos inéditos de cronistas de Indias. Sus ideas se sumarán a las de otros dos escritores cubanos de la época: Ramón de Palma y José Antonio Echeverría, quienes se basan en este archivo para escribir sus narraciones patrióticas o nacionalistas. Esto se hace posible no solo por el ascenso de una nueva clase letrada a los medios de comunicación masivo como eran las revistas, sino también por la “revolución tecnológica” que ocurre en Cuba en esta época gracias a la cual se originó “imaginario social” (Bronislaw Baczko) o una “comunidad imaginada” (Benedict Anderson) que con el tiempo vendría a suplantar la española.

En 1824, cuatro años antes de que se creara la sección de historia en la Sociedad Patriótica Amigos del País en Cuba, Poey anota algunas ideas sobre Bartolomé de las Casas que nos indican el tipo de interpretación de la historia que comienza a elaborar este grupo letrado. El artículo es importante porque, a pesar de que no se publicó en fecha tan temprana, es un elogio del fraile dominico, de quien no se había publicado ninguna de sus obras en la isla y eran utilizadas en el resto del continente por los independentistas para atacar a la Corona. Para colmo, en el retrato que pinta Poey del autor de la *Brevisima relación de la destrucción de las Indias* (1552) este reconoce “la mancha que la sangre india le ha dejado por tanto tiempo impresa” en el nombre de España, mancha que no había mejor forma de borrar, según él, que con el nombre de aquel “santo varón” (256). Poey reconoce las muertes y la “culpas de su nación”, pero cree que es injusto que los españoles modernos siguieran cargando con ella. Todos los pueblos de Europa, afirma, habían cometido este tipo de atrocidades en el pasado. Francia y Alemania habían hecho lo mismo y no podía culparse a los peninsulares o a sus descendientes en América de tales matanzas. Eran las instituciones y la “educación social” las únicas responsables de aquellos crímenes y estas instituciones y educación eran las que con el tiempo podían modificar el carácter de la nación. Por eso, afirmaba “el historiador debe indicarlos y condenarlos, para que no se repitan y, sobre todo, para que se mejoren las instituciones” (267). Por consiguiente, Poey era de la opinión que Las Casas estuvo en lo correcto cuando criticó los crímenes de los conquistadores y que su actitud debía ser celebrada. La historia para él tenía una función social, que era no olvidar el pasado para así no cometer los mismos deslices en el futuro.

Al imprimir su ensayo en 1888 en *Obras literarias*, Poey no aclara por qué le tomó tanto tiempo publicarlo. Solo dice que este artículo formaba parte de su explicación de una lista inédita de obras impresas y manuscritas del fraile (del cual publicó varios textos que estaban

inéditos), que al parecer tampoco vio la luz. No obstante, si conocemos las palabras que le dedicó la sección de *Historia a Bartolomé de las Casas* en 1830 podemos tener una idea bastante clara de cuán incómodo podía ser reivindicar al fraile dominico en la colonia ya que, como dice la comisión, Las Casas

dejándose arrastrar de su entusiasmo y de su imaginación ha desfigurado los hechos más importantes, sembrando noticias que, aunque por sí solas están refutadas, en manos de nuestros enemigos, como emitidas por un escritor contemporáneo, han servido para combatirnos y extraviar la opinión universal. (*Memorias* viii).

El hecho, por tanto, de que no se haya publicado su nota en ninguna de las revistas de la época, ni siquiera en las *Memorias de la Real Sociedad Patriótica*, a la que estaba tan vinculado, muestra que su escrito no debió pasar la censura colonial o debió causar escozor entre los partidarios del régimen. Al mismo tiempo indica que, para los criollos, la indagación en la historia en Cuba tiene un fin pragmático. Es una herramienta para conocerse, establecer culpabilidades, errores y evitar repetirlos. De lo cual se deriva que durante el romanticismo y la independencia se hable del indígena victimizado para criticar a España y revalorizar el pasado colonial. Si los partidarios de España hacen odas al valor, el honor y la grandeza de los conquistadores, los criollos indagarán en la composición original de sus países, en su vocabulario, sus tradiciones orales, leyendas y autores como Las Casas, ignorados por el aparato colonial, liberando, como diría Michel Foucault, “conocimientos subyugados” o invisibilizados para la mayoría de la población (*Power/Knowledge* 83 traducción nuestra).

Tales intervenciones u omisiones en la arena pública deben entenderse dentro de la lucha por el imaginario simbólico de la colonia, que se debatía entre la historia oficial y la que contaban testigos como el fraile. De hecho, como han señalado historiadores y filósofos como Eric Hobsbawm, Foucault, Enzo Traverso y Jacques Rancière, el periodo nacionalista o romántico se caracteriza por la desconexión entre historia y memoria o entre historia y literatura<sup>1</sup>. Rancière, por ejemplo, recordaba en *El reparto de lo sensible*, que la oposición entre historia y ficción seguía funcionando en el interior del programa de la “nueva historia”, que priorizaba los sujetos anónimos sobre los grandes acontecimientos y personajes, encontraba los síntomas de una civilización o sociedad en los detalles ínfimos de la vida ordinaria, y reconstruía mundos a partir de sus vestigios. Todo lo cual, dice, era un programa “literario antes de ser científico” (40-41). Este programa, dice el filósofo francés, se remonta al tiempo en que Víctor Hugo en su prefacio de “Cromwell” reivindicó para la literatura una “historia de las costumbres opuesta a la historia de los acontecimientos practicada por los historiadores” (41). Los textos literarios mostrarían, de esta forma, una “lógica estética de un modo de visibilidad” que rechazaba las “jerarquías de grandeza de la tradición representativa” y “el modelo oratorio en beneficio de la lectura” (Rancière 41).

Es de esperar que en esta época la inscripción del indígena en la literatura responda a una agenda política liberal, que va a subvertir el imaginario social de orden colonial. No por gusto este momento coincide con el ascenso de esta clase letrada, educada en una tradición del padre Félix Varela, deseosa de pensar la historia de Cuba de un modo diferente y de lograr no solo reformas para la “patria”, sino también una ruptura con España (Marrero 7). El acceso de esta clase letrada a formas de poder como la dirección de las escuelas, la edición de revistas, instituciones y concursos, coincidiría con la producción y propagación de nuevos contenidos de estudio ya que, como decía Michael Foucault, poder y conocimiento van de la mano,

1. Para más detalles véase el libro de Foucault que mencionamos aquí y la introducción de Eric Hobsbawm a *The invention of tradition*. Ver también el ensayo de Enzo Traverso “Historia y Memoria. Notas sobre un debate” en *Historia reciente: perspectivas y desafíos para un campo en construcción* (2007).

“el ejercicio del poder mismo crea y causa la emergencia de nuevos objetos de conocimiento y la acumulación de un nuevo cuerpo de información” (*Power/knowledge* 51 traducción nuestra).

En las décadas de 1830 y 1840 estos contenidos serán de tipo romántico. Las obras tratarán del paisaje, la topografía, los indígenas y de temas relacionados con la esclavitud. Aparecerán en un momento en que convergen varios factores que definirán el modo en que el criollo va a representarse a sí mismo y reclamará su tierra<sup>2</sup>. Por un lado, está el despertar de las ideas reformistas o independentistas. Por el otro lado, el acelerado crecimiento económico de la plantación – gracias a la mano de obra esclava – y un avance tecnológico visible no solo en los ingenios azucareros que incorporan maquinarias avanzadas para su tiempo (Moreno Friginals, García Mora), sino también en las imprentas, lo cual permite una mayor difusión de la literatura y los contenidos criollos. Así, según Ambrosio Fornet en *El libro en Cuba*, el “decenio de 1834-1844 se convirtió en un periodo de revolución tecnológica incluso en los grandes talleres que no publicaban periódicos” (49). Este desarrollo de las comunicaciones, ramo en el cual debemos incluir la inauguración del primer ferrocarril en el mundo hispano y tertulias como la de Domingo del Monte, dio impulso a la circulación de materiales que se enfocaban en la cultura y la historia insular. Tal era el avance en esta industria que el escritor español Jacinto de Salas y Quiroga (1813-1849), después de visitar Cuba en 1839 dijo lo siguiente:

Hay igualmente en la Habana dos imprentas litográficas, recientemente fundadas, y es fuerza confesar que ese ramo está como el de la imprenta, y generalmente todo lo que es industria en mayor adelanto que en Madrid. Periódicamente se publican allí vistas hermosas de los edificios del país, que muestran un gran estado de adelantos, lo cual unido a las bellas ediciones que allí se hacen,—actualmente la de Calderón. —La impresión de un Semanario en inglés para el comercio —Y otras mejoras de esta especie, podemos tener orgullo los españoles de que sea provincia de España la rica isla de Cuba. (270)

Este avance en la industria editorial permitió una mayor difusión de los contenidos criollos con el fin, como decía Benítez Rojo, de “narrar la nación” (103). No fue, por supuesto, una tarea fácil ya que desde un inicio esta labor fue obstaculizada por la censura colonial y gobiernos como el de Miguel Tacón (Ferrer 156). Así, dentro del campo de las reflexiones raciales históricas, la memoria del indígena muerto durante la colonización se convierte en el símbolo por excelencia de los orígenes del cubano. Su carácter de víctima significaba necesariamente una crítica al poder colonial, que unida a otras como la antiesclavista o las referencias a Bartolomé de las Casas y a George Washington muestran una nueva reserva de símbolos y referentes del discurso político que eran contrarios a los de la Corona. Con lo cual la función del escritor colonial/colonizado cambia, ya que este se convierte en el depositario de otra verdad. Él es un sujeto “útil”, restaurador de la historia y contradictor de los letrados del gobierno, encargado de salvaguardar el saber patrio. Asume de esta forma la labor del poeta como sujeto privilegiado del romanticismo algo que puede verse claramente en las cartas que estos poetas le escribían a Domingo del Monte. En general, son narraciones que subrayan lo autóctono, exaltan el paisaje insular y elaboran en base de materiales heterogéneos y documentos históricos, una literatura que mostraba la identidad del criollo. A no dudarlo, contribuyó a este proyecto la ola de romanticismo que llegó a Cuba en los años de 1830 y las descripciones exotistas de historiadores como el norteamericano Washington Irving quien habla en *Vida y viajes de Cristóbal Colón* (1827) de la llegada del Almirante a Cuba.

2. Existe una extensa bibliografía sobre la relación del criollo con los indígenas especialmente en el siglo diecinueve en aquellos países de Hispanoamérica donde existía una población numerosa a raíz del movimiento nacionalista. Un examen más abarcador del tema está fuera de los propósitos de este ensayo. Aun así, vale citar como ejemplo el libro de Severo Martínez Peláez *La patria del criollo: ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca*.

En el fragmento del libro de Irving, publicado por el mismo Poe en las *Memorias de la Real Sociedad Patriótica de La Habana*, el escritor norteamericano se regodea en la impresión que le causó la naturaleza cubana al almirante genovés. Habla con regocijo de la enorme variedad y cantidad de plantas, papagayos, flamencos e insectos que encontró en la isla y, como buen escritor romántico, al hacerlo dota la naturaleza de un carácter trascendente, poético, que “anuncian más beldad que encarecerse puede, de la pura transparencia del aire y de la profunda calma de los azules cielos” (“Descubrimiento” 195). Las descripciones que hace Irving son tantas que este llega a afirmar que hasta la luz del cocuyo era “superior a la que producen los rubíes, zafiros y diamantes” (“Descubrimiento” 195). Ciertamente, Irving da una imagen idílica del paisaje cubano, acentúa el gozo que sentía Colón ante la naturaleza cubana y los editores de la revista habanera que reproducen este fragmento se encargan de enfatizarla, subrayando los pasajes más emotivos del texto, como cuando dice que la belleza del país era tal que el Almirante genovés había dicho que “podría vivir eternamente” en Cuba, porque era “la mas hermosa isla [...] que jamás vieron ojos humanos, llena de escelentes puertos y profundos ríos” (“Descubrimiento” 196). La frase aparece en el diario de Colón y ha sido repetida muchas veces después por historiadores cubanos y extranjeros. Colón la dijo el 28 de octubre de 1492, al llegar a Cuba y su repetición contribuía a crear el espacio insular como un terreno privilegiado del que los cubanos podían enorgullecerse y desear vivir en él. Este sentimiento de confort, orgullo y deleitación en los ambientes naturales de la isla forma, pues, uno de los tropos fundamentales de la estética romántica de la cual Washington Irving fue uno de sus principales promotores y retomó otros escritores de la isla.

En lo que sigue, por tanto, me interesa analizar cómo dos contertulios de Domingo del Monte, Ramón de Palma y José Antonio Echeverría, rearticulan narrativas de la conquista y la colonización de Cuba para ir creando una literatura que mostrara la identidad criolla, una identidad que diferenciara al cubano del peninsular, y puede verse en proyectos de revistas como *El plantel*, y en las “novelas” o cuentos “Matanzas y Yumuri” (1837), “Antonelli, novela histórica” (1839) y la leyenda “Los amores de cocuyo y maravilla” (1846). En la primera de estas novelas, publicada en la revista el Aguinaldo habanero, Palma recrea una historia contada originalmente por Bartolomé de las Casas, y repetida por Antonio de Herrera y Tordesillas, para destacar la violencia de los conquistadores contra la raza aborigen (Camacho “El origen” 54). En su leyenda titulada “Los amores de cocuyo y maravilla”, sin embargo, el escritor habanero recurre a otro método de composición, similar al pastiche, en el cual retoma los personajes e historia aborígenes contada por fray Ramón Pané.

La crítica que se ha ocupado de esta leyenda no ha reparado en esta similitud o juego intertextual, pero sí ha dicho, con Eligio de la Puente, que es de “las mejores que poseemos en nuestros anales literarios” (xvii). Palma publicó esta leyenda en la revista *El Faro Industrial de la Habana* en 1846 y en ella narra la historia de dos espíritus indios que se dividían la tierra: Abal y Tuira, el primero protector de las criaturas y el segundo enemigo de todo lo creado. Conforme entonces con otras leyendas que se publicaron en esta época, su propósito es explicar cómo habían aparecido los primeros habitantes de las islas del Caribe: “al principio, cuando el Gran Padre hizo todas las cosas”, encontraron a la mujer (*Cuentos* 295). Estos hombres, como explica en el cuento, salían por las noches, eran “homonocurnos”. En la historia uno de ellos pescaba en un río cuando se enamoró de un pez que no podía atrapar con sus redes ni con sus manos. El pez era tan “huraño y resbaloso” que a pesar de todos sus esfuerzos no pudo atraparlo. Entonces invocó el poder del “zemi”, para que sirviera de mediador con Abal quien oyó sus suplicas y le indujo un sueño: “el mancebo soñó que su mano era demasiado suave y que había animales de piel áspera y escamosa, a

cuyo contacto cedería la resbalilla de aquel animalito” (*Cuentos* 297). Siguió el mozo la idea de aquel sueño y “logró formarse en las manos tal aspereza, que una noche en que como de costumbre, vino a metérsese entre ellas el burlón animalejo, le atrapó de manera que no le dejó arbitrio de escaparse” (297). Dice el narrador que, al hacerlo, este animalejo se transformó en mujer, con una voz tan dulce que se enamoró de ella: “Yo soy la compañera del hombre: la mujer” (298). Ambos se quisieron, pero estaban en peligro por Tuiria. De modo que Abal decidió transformar nuevamente a los dos amantes en una flor (maravilla) y en un cocuyo. Por eso, poco después “se vio a la maravilla abrir su misteriosa corola al soplo de los espíritus de la noche, y al escondido cocuyo tender en torno sus alas y libar el néctar de su seno” (299, énfasis en el original). Así concluye esta leyenda, que destaca en la obra de Palma por el cuidado que este pone en su escritura, las imágenes poéticas que utiliza y, sobre todo, por el simbolismo que subyace tras los personajes del cuento, que como dice el narrador eran “antediluvianos”, de un tiempo en que los dioses eran los que mandaban sobre la tierra y las mujeres aun no existían. Con dicha fábula el narrador busca iluminar un momento de la historia del Caribe y crear un mito de fundación para los cubanos. Palma, sin embargo, no dice en qué fuente se inspiró al hacerla y ningún crítico hasta ahora lo ha hecho tampoco. Como resultado esta historia ha pasado como original del cubano.

El hecho parece ser, sugerimos, que Palma se inspiró para escribirla en el texto de fray Ramón Pané *Relación acerca de las antigüedades de los indios*. Fray Pané llegó con Colón a América en el primer viaje y, estando en La Española, el Almirante le pidió que tratara de entender las creencias religiosas de los indígenas que vivían en uno de sus pueblos. Así lo hizo con la ayuda de un indígena del lugar y como resultado escribió esta narración, cuyo original se perdió, aunque varios cronistas de Indias reprodujeron parte de él en sus libros. Uno de estos cronistas, que nunca visitó el Nuevo Mundo, fue Pedro Mártir de Anglería (Arrom *Relación* 91). Anglería reprodujo parte de la narración de Pané en una carta dirigida al cardenal Ludovico de Aragón y en su conocido libro *Décadas del Nuevo Mundo*. Cuenta la creencia indígena que allí fija el origen del género humano en unas cuevas de La Española, de las cuales los hombres salían de noche para pescar. Debían regresar antes de la salida del sol y como algunos no lo hicieron fueron transformados en árboles y un ruiseñor. Y agrega el humanista italiano:

De aquellos hombres que según hemos dicho habían quedado sin mujeres en las cuevas, cuentan que al salir de noche para lavarse en los charcos de agua llovediza, vieron desde lejos ciertos animales semejantes a mujeres [...] los cogieron y cómo anguilas se les deslizaron de las manos. Entonces tomaron una resolución. Por consejo de los ancianos buscaron a los sarnosos y leprosos que hubiese entre ellos y que tuviesen las manos ásperas y callosas con las cuales pudieran más fácilmente retenerlas presas. A estos hombres los llaman caracaracoles. Salieron a cazarlas, y de muchas que cogieron retuvieron sólo a cuatro: procuraron usar de ellas como mujeres, pero descubrieron que carecían de sexo femenino. Habiendo reunido otra vez a los ancianos, les consultaron sobre lo que habían de hacer. Y resolvieron que se mandara a buscar al pájaro carpintero, que con su agudo pico les hiciera un agujero entre las ingles, mientras los mismos hombres caracaracoles calludos sostenían a las mujeres con las piernas abiertas. (*Relación* 94-95).

Si comparamos entonces el cuento de Ramón de Palma con este fragmento de la relación de Pané, según fue sintetizada por el cronista italiano, hay evidentes similitudes. Una de ellas el origen nocturno de los hombres, otra es el origen acuático de las mujeres, que en la narración de Pané son los “charcos de agua” que dejaba la lluvia. Finalmente, en la

narración del escritor habanero los hombres no saben qué hacer y buscan la ayuda de los “zemis” mientras que en la de Pané / Anglería son los ancianos los que les recomiendan utilizar a los hombres que tuvieran “manos ásperas y callosas” para retenerlas. Estos son los hombres “sarnosos”, los llamados caracaracoles, que en la leyenda de Palma es el mismo mozo que convierte sus manos en “áspera y escamosa” para atrapar a la fémina. Todas estas coincidencias, sugiero, apuntan al dato de que Ramón de Palma tuvo acceso y se inspiró en la narración de Pedro Mártir de Anglería para escribir esta historia. Suponemos que lo haya hecho, además, porque en su cuento Palma usa la misma grafía que Anglería para referirse a los ídolos tainos: “zemis” (*Cuentos* 297). Las Casas siempre escribe esta palabra con c no con z. Según Fernando Ortiz en *Historia de la arqueología indocubana*, además, Palma publicó en la revista *El Álbum de La Habana* en 1838 un artículo titulado “Ritos y creencias de los primitivos habitantes de Cuba y Santo Domingo” que refleja “lo dicho por los primeros cronistas; pero aun de esta falta la documentación” (51). Desafortunadamente no hemos podido dar con este artículo, que publicó supuestamente un año después de su primera novela.

¿Qué nos dice entonces esta reescritura de la narración de Fray Pané? Por un lado, apunta al interés de los criollos en indagar sobre el pasado precolombino, sus costumbres, mitologías o, como dice Concha Meléndez, sus “supersticiones indias” (133). Por otro lado, la misma narración puede entenderse como una forma de crear un nuevo mito, ya sea el del mestizaje o el del origen, ahora de la mano del letrado blanco-criollo que deja huecos en la escritura como es el modo en que los hombres originales lograron crear una abertura en el cuerpo de la mujer para poder tener relaciones sexuales con ella. La violencia original descrita en el mito taino pudo ser demasiado para los lectores o para las normas sexuales de la época. Algo que Palma hubiera podido resolver, tal vez, si en lugar de calificar este cuento de “leyenda” hubiera dejado claro su origen y citado la fuente original. En lugar de este final violento, el poeta opta por una solución poética: transformar a los dos amantes en naturaleza, en flor y cocuyo, que ilumina, como dice al final de su cuento, “las sombras con ráfagas de zafir y de topacio” (299). La cópula sexual queda así transformada en un acto biológico, en la libación del “néctar de su seno”, una imagen romántica que utilizaron otros poetas como Heredia para transferir a la naturaleza los deseos sexuales de los hombres. Esos deseos son fundamentales para entender la obra del narrador habanero ya que también aparecen en “Matanzas y Yumurí” para explicar el supuesto origen de ambas palabras y ahora sirve para dotar al cocuyo y la maravilla de una historia perdida en el inicio de la creación.

Si revisamos su poesía y, sobre todo, su otra narración *Una Pascua en San Marcos*, la cual produjo una violenta reacción por parte de algunos críticos de la ciudad letrada criolla por representar a la mujer de una forma poco convencional, veremos que el deseo erótico es uno de los resortes de nuestro escritor. Deseo que en este caso viene junto con la leyenda indianista que le sirve de inspiración. ¿Acaso la negrura del cocuyo podría ser otra metáfora para indicar las relaciones sexuales entre las distintas razas tal y, como aparece en la otra narración, entre el behique y la joven española en “Matanzas y Yumurí”? Recordemos que, para la época en que Ramón de Palma escribe estos textos, Cuba se encontraba en medio de un intenso desarrollo económico azucarero, el cual dependía de una gran cantidad de esclavos africanos. Para la mitad del siglo ya el número de ellos sobrepasaba el de los blancos. Si este fuera el caso, el texto no lo aclara y el final resulta ser una especie de apoteosis del amor dado que de esta forma los dos amantes logran escapar de la muerte.

En sus escritos, por consiguiente, Palma recrea historias originales, temas cubanos de índole histórica con una fuerte carga emocional y política dado que es Cuba y su historia el origen de sus narraciones.



Regresa una y otra vez a estos temas. La última vez en un drama publicado en 1848 con el título *Una escena del descubrimiento del Nuevo Mundo por Colón* que, según se dice en la carátula del libro, fue una “oda sinfónica” con música de Mro. Botessini. Esta oda fue representada en La Habana por la compañía italiana de Vita y Caranti (Guiteras *Vidas* 131) y tiene tres personajes y dos coros, uno de españoles y otro compuesto de indígenas. Los personajes son Colón, Lincayum, el behique, e Ixalaga y su hija. El escenario es una playa, rodeada por un bosque de palmas. Quien habla primero es Ixalaga, que junto al coro de indígenas mira al mar y afirma de forma paradójica y en el mismo lenguaje poético que los había representado en “Matanzas y Yumuri”: “[i]Qué prodijio! ... cuales monstruos / de su seno aborta el mar...!/ ya se acercan, como nubes/ en furiosa tempestad,...!” (*Una escena* 5).

El anterior es un lenguaje poético que equipara a los españoles con monstruos, cuando fueron estos quienes hablaron de esta forma sobre los indígenas con el fin de esclavizarlos. Dicha comparación pone en guardia al lector o espectador de la obra sobre el tipo de sujeto que se acerca a las playas de Cuba, porque Ixalaga ve en esta aparición un motivo de sobresalto, un temor por las cosas que vendrán. Le pregunta por eso a su dios, Tuirá, “qué estragos anuncia” aquella llegada y el coro de indios le aconseja que corra al padre a pedirle consejos. Mientras tanto, Ixalaga canta a las bondades de su tierra, en típica descripción romántica, donde se equipara la isla con un paraíso libre de “horrores”. Cuba es la

Tierra inocente  
de luz y calma  
donde, la palma  
se alza gentil;  
Abal clemente  
libre de horrores  
guarde entre flores  
tu paz y abril  
(*Una escena* 6)

El espectador/lector de la obra sabe, sin embargo, que los soldados españoles llegarán para arrasar con todos y convertir a los indígenas en “salvajes” y “fieras”. Dicen los españoles cuando los ven: “Que bárbara gente / tostada y desnuda! / que aspecto salvaje! / son fieras incultas!” (*Una escena* 8). Semejante a como ocurre en la novela “Matanzas y el Yumuri” aquí los indígenas creen que los españoles vienen del cielo, y como afirma el behique, ya su tiempo acabó: “comienza ya otra era / murió el poder de Abal” (*Una escena* 11). El final, por tanto, es un canto al porvenir que se hace en “coro general”, un coro que da vivas a España y a la reina Isabel.

Gloria, gloria, a Isabel en Castilla!  
gloria, gloria a Colón en el mar!  
en el mundo no habrá maravilla  
que a este hecho se pueda igualar.  
(*Una escena* 12).

Así termina esta obra de teatro de una escena, en la que Palma regresa sobre la idea del descubrimiento y conquista de Cuba. Convenientemente la escena termina antes de que sobrevinieran los “horrores” a los que temían el behique y su hija, horrores perpetrados por los “monstruos” que había arrojado el mar a sus costas para destruir aquel escenario idílico en el que vivían y cantaban. Al calificar a los soldados españoles como monstruos es probable que Palma estuviera pensando en los escritos del fraile dominico en los que este los comparaba con animales feroces en alusión a las fieras que devoraron a los antiguos cristianos. Son seres “abortados”, arrojados por la naturaleza fuera de sus dominios y que cumplen con su esencia a través



de sus acciones. Esa condena original contradice, por tanto, el final del texto en que todos celebran a España y la conquista, pero se asemeja al final de la novela “Matanzas y Yumuri” donde los españoles lloran junto con los indígenas después de matarlos. Después de todo y tantas muertes, parece decirnos Palma, era posible la paz entre ambos bandos. Es posible la reconciliación de los enemigos.

Tendríamos que preguntarnos si estos finales en que ambos grupos se reconcilian buscaban dejar atrás la violencia y perdonar a los conquistadores, o si fueron pensados para burlar la censura colonial y deslizar una crítica al gobierno español. La respuesta posiblemente nunca la sabremos, pero lo importante de señalar es que el hecho de reescribir la historia y de sacar a relucir los “fantasmas” que estaban enterrados desde los tiempos de la conquista son gestos subversivos, transgresores, dentro de las dinámicas representativas que imponía el poder colonial en Cuba. Son críticas a ese poder por parte de escritores que necesariamente tienen que obedecer las reglas que este impone para existir, ya que como dice Bronislaw Baczko en *Los imaginarios sociales*, en toda formación social la clase dominante impone su ideología a través de la religión, la enseñanza, el Estado y otras instituciones por lo cual la “clase dominada sólo puede oponerse a la clase dominante produciendo su propia ideología” (20).

Esta es la razón por la que los indígenas de Palma responden a una religión inferior a la de los españoles. Se dejan llevar por un falso sacerdote, el behique, que es al final el chivo expiatorio o el culpable de sus muertes. Son indígenas contruidos a partir de retazos de la historia y la ficción, que tienen como base las mismas crónicas de Indias, y surgen en el contexto de una fuerte reflexión sobre los orígenes y la identidad de los cubanos. En estos textos, los escritores dicen algo sobre el pasado que no se conoce o no está en los libros de historia y lo hacen a través de las voces marginadas o personajes de razas diferentes. Al igual que ocurre en las narraciones de Washington Irving, al hablar de los moros, indígenas y conquistadores o la narración de François-René de Chateaubriand al hablar de Atala, estos narradores enfrentan un mundo a otro, crean nuevas perspectivas de la vida y contraponen visiones de mundos, ideologías y sentimientos opuestos. En la novela de Chateaubriand, *Atala* (1801), por ejemplo, la heroína es una joven adoptada por una familia indígena luego de que el cacique de su tribu raptara a su madre blanca cuando estaba embarazada. Atala, como Ornofay en la novela de Palma “Matanzas y Yumuri”, es de una raza diferente a la de su amante. Desafortunadamente, su amor termina en tragedia. Los dos protagonistas mueren y ese final tan romántico se repite en la novela de Echeverría, “Antonelli, novela histórica”, en la cual el ingeniero italiano que da título a la narración se enamora de la bella Casilda, una joven mestiza, hija de un español y una indígena cubana, en cuyo semblante “se traslucía su origen americano” (“Antonelli” 128).

En esta novela el problema consiste en que la bella Casilda ya había dado su consentimiento amoroso a un capitán español, sobrino del Gobernador Tejada, y rechaza por esto al ingeniero italiano que logra convencer a un indio del barrio de Campeche para que asesine al amante. Según el narrador, en este barrio vivían los indios de esta provincia mexicana a quienes el Ayuntamiento de La Habana les había dado tierras para cultivar en el siglo XVI. Sus moradores no gozaban de mejor fama que la de los “indios bravos”, porque era “toda gente baldía y holgazana, sin otra ocupación que sembrar el poco maíz y legumbres necesarios para su subsistencia” (“Antonelli” 130). Cuando mucho, estos indios solamente servían para llevar agua de la Zanja para el consumo del vecindario (“Antonelli” 130). Se entiende entonces que el ingeniero italiano vaya hasta allí para convencer a uno de estos indígenas para que mate al amante de la joven, cosa que este hace al final. Con este cierre de la novela, podría argumentarse, Echeverría ponía al indio “guachinango” de enemigo de españoles y “americanos”. Este, por

consiguiente, no es el indígena que aparece en los escritos de los poetas cubanos indianistas de la época que cantan a lo autóctono, a la tierra y los siboneyes. Es un indio mexicano, que cree en la Virgen de Guadalupe y Antonelli llama “bárbaro” (35).

Podría decirse que, en efecto, durante la época de la conquista y en el siglo XVI durante el que ocurre esta novela, las autoridades españolas veían con malos ojos a cualquiera que no fuera español o que profesara una fe diferente a la católica. Es posible hallar en los documentos oficiales menciones a indios y mestizos donde se subraya su inferioridad o su incapacidad para el trabajo. En 1588, el gobernador de Cuba, Gabriel de Luxan, le escribe a la Corona que el Virrey de México le había mandado dos compañías de doscientos soldados y agrega que era “gente bien y nutil porque son mestiços y mulatos e indios” que no hacían otra cosa que robar y destruir las huertas (Wright 2, 118). En 1596, además, un “criollo mexicano”, soldado de las galeras, fue el culpado de seducir a un negro esclavo y esta acusación terminó con él y otros 60 procesados por el delito de sodomía en la hoguera (Venegas 204), (Camacho *La angustia*, 18-24).

Sabemos por las cartas que le escribió Echeverría a su amigo, Domingo del Monte, que este estaba muy interesado en los manuscritos antiguos de la historia de Cuba y que encontró cedularios y “extractos de los Cabildos desde los primeros tiempos”, todo lo cual le sirvió seguramente para escribir su novela (Echeverría LXXIV, 160-161). Sabemos por estas actas de Cabildos que en este tiempo la Habana se caracterizaba por una profunda estratificación de su urbe y por territorios divididos por razas donde vivían los indígenas originales, los “guachinangos” de México, los negros y los españoles. Los primeros se instalaron en el pueblo de Guanabacoa, creado después que el rey decretó su libertad en 1542 y se formaron grupos de ellos en toda Hispanoamérica. En este contexto sociocultural tanto los indígenas que vivían en Guanabacoa como los que vivían en el barrio de Campeche eran tan discriminados como los negros y por eso el cabildo habanero impuso regulaciones sobre ellos, como la prohibición de vender vino o de tomar más allá de una ración estipulada. Todos los que no eran españoles o europeos compartían la base de la pirámide social. No obstante, a diferencia de los descendientes de africanos, que entraban dentro de una gama ancha y ambigua de pardos, morenos, mestizos, negros horros y negros esclavos, los indígenas, según Peter Wade, eran mejor reconocidos por las autoridades y se les consideraba superiores a los negros. Wade da como ejemplo la pragmática que permitía el casamiento entre blancos e indígenas, algo prohibido para los descendientes de africanos (*Race and ethnicity* 30).

En efecto, en la historia de Cuba no faltan menciones a matrimonios de indios y blancos que podría servir de base a esta idea de hibridación racial. En Puerto Príncipe una de las hijas del conquistador Vasco Porcayo de Figueroa, María de Figueroa, se casó con Juan de Argote, un indio natural, posiblemente hijo de algún cacique de la zona. Porcayo crió desde niño a Juan de Argote y luego lo casó con su hija para que heredara las haciendas que poseía y para tener más autoridad entre los indios del lugar (“Apuntes” 223-224). Llama la atención, por tanto, que en su novela Echeverría cree una pareja de una descendiente indígena, una mestiza y un capitán español y ponga de enemigo al indio de Campeche, al que ve como extranjero y “bárbaro”. El capitán español es del tipo valiente que habían alabado Juan de Castellanos (1522-1606), mientras el indígena mexicano, con su orgullo desdeñado, era su enemigo natural, interno, y podía destruirlos. De esto se aprovecha Antonelli aunque, trágicamente, el indio de Campeche no solo mata al capitán español sino también a la bella americana dado que, a pesar de que Antonelli trata de evitar el desenlace, ambos caen al abismo de la mano.

Con esta narración, por ende, tanto Echeverría como su amigo Palma, ponen en movimiento una dinámica de inclusión y exclusión que responde a las categorías étnicas que establece el texto y han servido durante la historia de Cuba para hablar de su identidad. En este caso se incluye al mestizo, ejemplificado por la bella Casilda, y se excluye al indio guachinango que termina siendo el asesino de los dos (“Antonelli” 385). Como vimos más arriba Palma también excluye al behique de la aldea indígena de la reconciliación final. Lo excluye porque este representaba un mundo mágico-religioso contrario al catolicismo que profesaban los criollos y que criticaron igualmente religiosos como Bartolomé de las Casas y el poeta José María Heredia por su “vil superstición”. En esta lectura, podríamos añadir, la pareja ideal era la que conformaban el capitán español y la bella Casilda, entre el peninsular y la mestiza. Esta unión mostraría el proceso de hibridación racial que había ocurrido dentro de la sociedad cubana desde la conquista, dejando afuera a los extranjeros como el propio Antonelli o el indio mexicano. Esto quiere decir que deberíamos entender la novela de Echeverría en clave alegórica, una figura del lenguaje a la que recurrían con frecuencia los escritores románticos y que puede verse incluso en otras “novelas fundacionales”, al decir de Doris Sommer, como *Sab* de Gertrudis Gómez de Avellaneda.

Esta alegoría, en la cual se privilegia la pareja de Casilda y el capitán español, a pesar de que los dos mueren al final, serviría de continuación a una larga tradición en el arte y las letras europeas que representa la América y la identidad criolla como una indígena joven y hermosa o el espacio de la mezcla racial. Si recordamos bien, esta alegoría ya había aparecido en el cuadro del pintor francés residenciado en Cuba, Jean Baptiste Vermay de Beaumé, titulado “La primera misa bajo la ceiba memorable” (1828), que pinta en una esquina del cuadro a una indígena, su hija y Diego Velázquez (Camacho “El cacique” 9-10). En el momento en que Echeverría escribe este texto podemos encontrarla también en la ilustración que corona el machón del *Diario de la Habana*, el periódico donde aparecían los edictos del General Tacón, las listas de esclavos que se vendían y los poemas celebrando las glorias y las batallas de España.

En esta ilustración puede verse una pareja de enamorados, uno de los cuales es un indio con penacho de pluma, sandalias y una cesta de flechas a la espalda. En esta ilustración, a diferencia de la indígena que aparece en la fuente que había llegado a la Habana en 1837, la pareja está junto a una columna erigida para celebrar el reinado de Isabel II, que ocurrió entre 1833. Al lado izquierdo de la pareja aparecen atributos relacionados con la heráldica española como la cornucopia para expresar la riqueza natural de la colonia, el león español y un escudo en el cual puede leer la inscripción: unidad. La joven que abraza al joven en la ilustración es de origen europeo y está vestida como tal, por lo que pudiera argumentarse que la figura de los dos amantes parece ser una alegoría racial que mostraba la unión entre Cuba y España.



Fig. 1. Ilustración del joven indígena y la mujer europea. Fuente: *Diario de la Habana*, 1837.

Esta alegoría, sugiero, es la que aparece detrás de los personajes que pinta Echeverría en su narración, cuyas muertes, como dice José Luis Ferrer en su estudio sobre la novela cubana de esta época, son una muestra de “sacrificio ritual” en aras de marcar un momento y un lugar significativo en la historia de Cuba: la inauguración del castillo de El Morro que diseñó el ingeniero italiano (294). La muerte de esta pareja y de los dos indígenas en la narración de Palma marcaría un lugar de referencia, que ayudaba a crear la identidad de estos letrados nacionalistas. Años después de escribir esta novela, en 1868, al estallar en Cuba la guerra separatista, Echeverría pasó a los Estados Unidos donde fue uno de los más prominentes favorecedores del alzamiento revolucionario (Calcagno 256). Allí murió, en la ciudad de Nueva York, el 11 de marzo de 1885. Estas muestras de nacionalismo, no obstante, ya aparecen en sus artículos de la década del 1830 y en su novela. Con ellos, tanto el autor, como su amigo Palma, tratan de utilizar el archivo colonial para trazar los puntos más importantes en la identidad nacional. No por gusto, en otro ensayo de la misma revista *El plantel*, titulado “Historiadores de Cuba”, Echeverría se lamentaba del poco tiempo que le habían dedicado a esta materia los cubanos y afirmaba que era importante hacerlo ya que gracias al estudio del pasado podían encontrarse:

las causas de los males presentes, perpetuando la memoria de los hombres ilustres, y solemnizando el heroísmo de los pueblos, es sin duda utilísima; porque además de contribuir al adelanto de cada ciencia o arte en particular, mejora las costumbres, infunde amor a la patria, y comunica alientos para defenderla y salvarla de los riesgos que la amenacen conforme al curso de los tiempos. (61)

Esto lo dice Echeverría en 1838, es decir, un año antes de dar a la luz “Antonelli”, y en el mismo artículo en el cual narra el secuestro del obispo Juan Cabezas Altamirano por el pirata francés Gilberto Girón en 1604. Echeverría saca la información de la *Historia de la isla y catedral de Cuba* del obispo de Santiago de Cuba, Pedro Agustín Morel de Santa Cruz (1694-1768), quien reprodujo en sus páginas el poema *Espejo de paciencia* del canario, residenciado en Cuba, Silvestre de Balboa Troya y Quesada<sup>3</sup>. Como bien dice Echeverría en este artículo, el obispo de Santiago no limitaba sus fuentes a libros y antiguallas, sino que “cuando estas no le cumplían, consultaba los versos y tradiciones populares, que son las fuentes poéticas de la historia” (“Historiadores” 75). Esta forma de indagar en la historia, por supuesto, le venía como anillo al dedo a los escritores del grupo de Domingo del Monte, interesados en exaltar la historia nacional a través de la literatura o de los mitos que recogió Fray Pané, razón por la cual se ha puesto en duda el descubrimiento o la veracidad de los hechos que cuenta este poema.

El poema que descubre Echeverría, olvidado en la *Historia* de Morel de Santa Cruz, cuenta la muerte del corsario francés a manos de los residentes de la ciudad de Bayamo, entre los que hay un grupo de indígenas que iban con los negros y los criollos. Entre ellos “Rodrigo Martín, indio gallardo” y el negro Salvador Golomón, quien mata al corsario con una lanza. La anécdota de los indígenas en la batalla vale destacarse porque cuando se habla del poema de Balboa se tiende a enfatizar únicamente la valentía de Golomón sin mencionarse a los indígenas, ni se habla de la muerte de uno de ellos en combate. Echeverría, quien estaba tan interesado como Ramón de Palma en estos temas debió notar el papel que jugaron estos grupos en el suceso de Bayamo y tomó el poema como fuente de la historia ya que este ayudaba a completar el conocimiento que teníamos del pasado, aun si fuera un conocimiento que no viniera de los historiadores. Por eso tiene sentido que la emergencia en este momento histórico de un texto que hablaba de todos ellos, porque sirve de trasfondo a las diferencias étnicas que existían aun en la colonia. De hecho, antes

---

3. Se han escrito numerosos ensayos sobre el poema de Balboa. Por falta de espacio me limito a presentarlo. Para más detalles sobre el poema véase el ensayo de Graciella Cruz-Taura *Espejo de paciencia y Silvestre de Balboa en la historia de Cuba. Estudio, edición crítica de Espejo de paciencia y selección documental*.

que Echeverría publicara este artículo, Palma publicó otro en el *Aguinaldo habanero* donde hace un resumen novelado del poema de Silvestre de Balboa, el cual tituló “Un episodio de la historia de la isla de Cuba. 1604”.

Para escribir esta otra historia, Palma se apoya en los mismos materiales que aparecen en la narración de Morell de Santa Cruz y pone el acento en la confrontación que existía en la época entre españoles y extranjeros o para ser más exactos entre el gobierno colonial y los piratas. Su narración precede a la de Echeverría, quien en la misma crónica de *El plantel* hace una presentación más extensa de la historia y de este poema (“Historiadores” 78), que podía ser nuevo para los lectores de la revista, pero no para quienes estaban suscritos al *Aguinaldo habanero* y habían podido reconocer en sus páginas los versos que transcribió el obispo de Santiago (“Un episodio” 53). Lo cierto es, que, en sus recreaciones de la historia, ambos miran al pasado con un ojo en el presente. Identifican y utilizan los orígenes de la colonia para exaltar lo autóctono y criticar a los conquistadores. En ambos se nota una admiración por Cristóbal Colón, por haber descubierto la isla y en el caso de Echeverría por haber sido luego también víctima de la Corte. La crónica donde mejor puede verse esta identificación apareció también en *El plantel* y se titula “Las cenizas de Colón o la Catedral de la Habana”. En ella Echeverría regresa sobre lo que llama la “poesía de los recuerdos” (96) y recrea una visita que hizo a la catedral de La Habana para visitar la tumba del Almirante. Allí, junto al busto e inscripción que marcan el traslado de sus restos de Santo Domingo a la Habana en 1796, el escritor cubano siente físicamente el peso de la Historia, y alaba a Colón por ser una especie de poeta por su imaginación exaltada y visionaria. Solo un poeta podía encontrar una región donde la “bóveda era más azul” y había más “transparencia en el aire” (“Las cenizas” 95). Echeverría termina la crónica, sin embargo, recordándole a los lectores que aquel hombre que había descubierto un mundo, regresó a España “cargado con cadenas ignominiosas”, destruida su fortuna, manchada su fama, y seguido de una chusma que lo escarnecía. Lo cual según dice a continuación servía de consuelo a los que en el presente tenían que cargar de forma similar con baldones y calumnias, porque estos “recibirán recompensa en la admiración de las edades futuras” (“Las cenizas” 96).

En esto pensaba, dice el cronista cuando decidió marcharse de la iglesia, no sin antes recordar los versos de “un poeta cubano”, del que no menciona el nombre, pero cuyos versos siguen la misma línea de razonamiento del artículo:

Su gloria, sus desgracias  
escitarán la dulce simpatía  
en los últimos hijos de los crueles  
que á miseria y dolor le condenaron  
Desde la tumba reina...

(“Las cenizas” 96).

Los versos anónimos eran, nada menos, que de José María Heredia, quien al igual que el cronista reflexiona en su poema “Poesía” sobre las injusticias de la historia con los grandes hombres, que “cada siglo ve repetir el drama lamentable / sin piedad ni rubor” (Heredia 201). A no dudarlo, Heredia reflexiona en este pasaje sobre el genio, y la desgracia que tienen que sufrir las almas grandes, tema del romanticismo, y en el que él se ve reflejado posiblemente ya que para este tiempo Heredia vive exiliado en México. Echeverría toma esta idea del bardo del Niágara para referirse a Colón, y vale añadir, criticar a los españoles ya que en su cita del poema de Heredia hay un evidente error, que seguramente no fue por descuido. Porque Echeverría cambia el verso y escribe “en los últimos hijos de los

cruels” en lugar de “en la posteridad de los crueles” dándole a los versos de Heredia un tiempo y un lugar específico, los de los españoles, que habían tratado tan mal al Almirante y cuyos “hijos” todavía estaban al mando de la isla.

Esta crítica al maltrato de Colón por parte de los reyes de España y a los “cruels” conquistadores, se uniría a la de Velázquez por la muerte de Hatuey y ambas pudieran poner en crisis la revista que poco tiempo después pasó a manos de los editores españoles y dejaron de publicar los cubanos. A partir de esta época, *El plantel* comienza a publicar sobre costumbres españolas, escritores clásicos peninsulares como Calderón de la Barca y Francisco de Quevedo, así como de la heroicidad e “inmortalidad” de Hernán Cortes y Francisco Pizarro, de quien decía el editor español de *El plantel*, “J. M. de A” (José María Andueza) una vez intervenida la revista, que para hablar del conquistador, era necesario

escribir la historia de un imperio, su descubrimiento y su conquista, no su destrucción, como ha pretendido hacerlo el célebre Marmontel, mal avenido con la gloria que supieron alcanzar en aquella empresa las armas españolas. (“Pizarro” 143).

Estos materiales contrastarían con los de la primera etapa en que dirigieron la revista Palma y Echeverría, y mostrarían que de nuevo la ciudad letrada colonial, que respondía a la Metrópoli, toma la historia de la conquista como un símbolo de la grandeza de España mientras que los cubanos tratan de crear agujeros en esa historia.

No obstante, reitero, en su novela “Antonelli”, Echeverría no recurre al tropo del indígena víctima de los españoles, sino que destaca la unión, el mestizaje, que en el poema de Balboa tienen el objetivo de enfrentar a los enemigos de la Corona: los piratas franceses protestantes que atacaban los pueblos de la costa y fomentaban el comercio ilícito. Al hacer esto, saca a relucir que los indígenas no siempre fueron, como se ha visto tradicionalmente en Cuba, enemigos o víctimas del régimen colonial. Deja entrever que durante este periodo hubo indígenas aliados de los españoles, que acataron la doctrina cristiana, se asimilaron a la sociedad criolla o se casaron con adelantados. Estos sujetos, como Rodrigo Martín, “indio gallardo”, según Balboa en *Espejo de paciencia*, han sido totalmente invisibilizados por la crítica cubana que no busca enfatizar las coincidencias identitarias sino la heterogeneidad, las fisuras en el cuerpo social de la colonia y la victimización de indígenas y negros. Esas fisuras son las que enfatizarán los escritores nacionalistas.

Para resumir, podríamos decir entonces que en la tercera y cuarta década del siglo diecinueve surgen narraciones de tema histórico o mitológico en Cuba que tienen como referencia la figura del indígena y sus descendientes. La característica principal de esta narrativa es que se desvía de las historias que habían narrado los cronistas de Indias o que trataba de proyectar el régimen colonial. Con esto, la historia y la literatura entran en discordia ya que los criollos se apoyarán en materiales del archivo histórico antes rechazados o invisibilizados por los historiadores peninsulares para escribir sus narraciones. En este ensayo, por consiguiente, he subrayado la importancia de este cambio para el imaginario criollo, ya que surgen en este momento contenidos espaciales y temporales nuevos. Los escritores hablan de la historia de Cuba y de la conquista y asumen al hacerlo una nueva función dentro de la ciudad letrada. El objetivo era enfatizar el origen americano, las muertes de los indígenas y la continuidad entre estos y ellos por haber nacido en el mismo suelo. Si los partidarios de España hacen odas al valor, el honor y la grandeza de los conquistadores como Pizarro y Cortés, los criollos indagarán en la cultura original, en su vocabulario,

sus tradiciones orales y mitologías. Estos conocimientos rompían con la jerarquía representativa de héroes españoles, la gramática castiza y lo que se consideraba que era la verdad historiográfica. Ramón de Palma se basa en los escritos de fray Pané para narrar estos sucesos, mientras que Echeverría se enfoca en los documentos del siglo XVI cuando los habaneros comienzan a alzar sus fortalezas para defenderse de los corsarios. Entonces todavía existían varios pueblos indígenas como la villa de Guanabacoa en La Habana donde vivían los originales y en el pueblo de Campeche donde vivían los indígenas que habían llegado de México. Uno de estos indígenas termina asesinando a Casilda y a su enamorado con lo cual, la trama pone en movimiento una dinámica de inclusión /exclusión donde por un lado se privilegia al español y al mestizo mientras que se estigmatiza al mexicano “bárbaro”. Si la novela busca privilegiar la mezcla entre la belleza americana y la española, el indio bravo de Campeche no tenía espacio allí, queda fuera del concepto de nación que se va creando. Estas narrativas nos hablan entonces de nuevos conocimientos y tipos de narraciones que sirven para crear la historia que se gesta en esta época para fortalecer la identidad de los criollos. Son contenidos de origen nacionalista que se expanden gracias al desarrollo tecnológico de la imprenta y una generación de letrados que comienza a definirse en oposición al extranjero peninsular.



## BIBLIOGRAFÍA

Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Trad. Eduardo Suarez. Fondo de Cultura Económica, 2016.

Baczko, Bronislaw. *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Ediciones Nueva Visión, 1999.

Benítez Rojo, Antonio. "¿Cómo narrar la nación? El círculo de Domingo del Monte y el surgimiento de la novela cubana". *Cuadernos americanos*, vol. 3, núm. 45, 1994, pp. 103-125.

Calcagno, Francisco. *Diccionario biográfico cubano*. Imprenta y librería de Ponce de León, 1878.

Camacho, Jorge. "El origen de los nombres y los espacios de memorias en "Matanzas y el Yumurí" de Ramón de Palma". *Espacio Laical*, 17, 3-4, 2021, pp. 53-61.

---. "El cacique de Ornofay: la construcción textual y visual del filósofo salvaje". *Dirāsāt Hispānicas. Tunisian Journal of Hispanic Studies*, núm. 7, 2021, pp. 7-30.

---. *La angustia de Eros: sexualidad y violencia en la literatura cubana*. Almenara Press, 2019.

Cruz-Taura, Graciella. *Espejo de paciencia y Silvestre de Balboa en la historia de Cuba. Estudio, edición crítica de Espejo de paciencia y selección documental*. Iberoamericana-Vervuert, 2009.

Eligio de la Puente, Antonio María. "Introducción". *Cuentos cubanos. Ramón de Palma*. Cultura S, A, 1928, pp. vii-xliv.

Del Monte, Domingo; Nicolás de Cárdenas; José Rodríguez Castro et al. "Introducción". *Memorias de la Sección de Historia de la Real Sociedad Patriótica de la Habana*. T. 1. Imprenta de las viudas de Arazosa y Soler, 1830, pp. i-xvi

---. "Cartas de Domingo del Monte a su amigo D José María Heredia, a su hermano D. José, y a D. José L Alfonso", *Revista Cubana*, vol. 8, 1888, pp. 171-178.

De A, J. M. "Francisco Pizarro". *El plantel*, entrega 5, 1839, pp. 143-145.

---. "Hernán Cortés". *El plantel*, entrega 6, 1839, pp. 158-161.

Echeverría, José Antonio [Zacarias] "Antonelli, novela histórica". *La cartera: periódico mensual de varia literatura y ciencias*, (febrero 1839, pp. 120-133, (abril, 1839) pp. 249-266, (junio 1839) pp. 373-385.

## BIBLIOGRAFÍA

---. "Estudios históricos. Diego Velázquez". *El plantel*, entrega 1, 1838, pp. 15-20.

---. "Historiadores de Cuba". *El plantel*, 1838, entrega 2, pp. 60-63, (entrega 3) pp. 74-79.

---. "Las cenizas de Colón o la Catedral de la Habana". *El plantel*, entrega 3, noviembre 1838, pp. 93-96.

---. "LXXIV. Sr. D. Domingo del Monte. La Habana mayo 22 de 1830". *Centón Epistolario de Domingo del Monte*. Vol. 1. La Habana: Imagen contemporánea, 2002, pp. 160-61.

Ferrer, José Luis. *La invención de Cuba: Novela y nación 1837-1846*. Editorial Verbum, 2018.

Foucault, Michel. *Power/knowledge: selected interviews and other writings, 1972-1977*. Pantheon Books, 1980.

Fornet, Ambrosio. *El libro en Cuba. Siglos XVIII y XIX*. Editorial Letras Cubanas, 2014.

Guiteras, Pedro José. *Vidas de poetas cubanos*. Prólogo y notas de Salvador Bueno. Editorial Pablo de la Torriente, 2001.

Heredia, José María de. *Poesías Completas*. Selección, estudio y notas de Ángel Aparicio Laurencio. Ediciones Universal, 1970.

Hobsbawm, Eric. "Introduction: Inventing Traditions". *The Invention of Tradition*. Ed: Eric Hobsbawm y Terence Ranger. Cambridge UP, 2012, pp. 1-14.

Irving, Washington. "Descubrimiento de América. Primer desembarco de Colón". *Memorias de la Real Sociedad Patriótica de la Habana*, núm. 21, julio 1837, pp. 182-208.

Marrero, Leví. *Cuba: Economía y sociedad. Azúcar, ilustración y consciencia (1763-1768)*. Vol. 7. Editorial Playor, 1974.

Martínez Peláez, Severo. *La patria del criollo: ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca*. Editorial Universitaria Centroamericana, 1979.

Meléndez, Concha. *La novela indianista en Hispanoamérica (1832-1889)*. Ediciones de la U. de Puerto Rico, 1961.

Ortiz, Fernando. *Historia de la arqueología indocubana*. Imprenta El Siglo XX, 1922.

## BIBLIOGRAFÍA

Palma, Ramón de. "Un episodio de la historia de la isla de Cuba. 1604". *Aguinaldo habanero*. Imprenta de José María Palmer, 1837, pp. 43-53.

---. *Una escena del descubrimiento del Nuevo Mundo por Colon*. La Habana: Impr. del Faro Industrial, 1848.

---. "Los amores de cocuyo y maravilla (leyenda cubana)". *Cuentos cubanos*. Editor Eligio de la Puente. Cultural S. A, 1928, pp. 295-299.

Pané, Ramón. *Relación acerca de las antigüedades de los indios*. Ed. José Juan Arrom. Siglo XXI Editores, 1974.

Poey, Felipe. "Fray Bartolomé de las casas. Obispo de Chiapa". *Obras literarias*. La Propaganda Literaria, 1888, pp. 265-267.

Rancièrre, Jacques. *El reparto de lo sensible. Estética y política*. Lom ediciones, 2009.

Salas y Quiroga, Jacinto. "Viajes. La Habana". *Semanario pintoresco español*. Segunda serie. Vol. II. 25 de agosto de 1840, pp. 269-270.

Sommer, Doris. *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*. U of California P, 1991.

Traverso, Enzo. "Historia y Memoria. Notas sobre un debate". *Historia reciente: perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Paidós, 2007, pp. 67-84.

Venegas Fornias, Carlos. *Ciudad del Nuevo Mundo*. Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello, 2012.

Wade, Peter. *Race and ethnicity in Latin America*. Pluto Press, 1997.

Wright, Irene. A. *Historia Documentada de San Cristóbal de La Habana en el siglo XVI. Basada en documentos originales existentes en el Archivo General de Indias en Sevilla*. 2 vols. Imprenta El siglo XX, 1927.